

PRESENTACIÓN

Tomar a cargo la coordinación de un número del *Anuario del Colegio de Estudios Latinoamericanos* de nuestra Facultad constituye un reto de no poca envergadura, ya que los Colegios, es decir, las licenciaturas de la Facultad de Filosofía y Letras, constituyen la piedra angular en la que se sustenta la vida académica: la docencia por supuesto y, por ende, el vínculo docencia-investigación que debe generarse desde este primer peldaño de la formación universitaria, sin la solidez del cual todos los niveles superiores resentirían carencias fundamentales. Los anuarios constituyen ese espacio editorial de los Colegios, propio de sus profesores. Por ello, insisto, aceptar una tarea de esta naturaleza entraña siempre un desafío. Éste se mueve en un vasto terreno que va desde considerar los criterios editoriales que deben prevalecer, garantizar la calidad académica de los trabajos que lo conforman y que deben someterse al arbitraje imprescindible, la necesidad de reflejar el panorama interdisciplinario de una licenciatura como la nuestra, dar cuenta de las líneas de investigación prioritarias y dar cabida a la participación de un número significativo de colegas, desde los jóvenes ya talentosos, hasta los que han sido pilares y referentes fundamentales en la formación de un gran número de generaciones de estudiantes y de latinoamericanistas y que, por ello mismo, tienen ya un peso significativo en la academia.

El presente *Anuario*, fruto como siempre de la colaboración entusiasta de nuestros colegas profesores del Colegio, es fiel expresión no sólo de las diversas áreas o campos de conocimiento del plan de estudios de nuestra licenciatura, sino también de la perspectiva multidisciplinar e interdisciplinar —según los casos— en la que se inscriben la gran mayoría de los artículos y que es a su vez el resultado de ese empeño metodológico al que aspira esta licenciatura, reafirmando el objeto de estudio que le dio origen, nombre y proyección continental.

La mirada múltiple, la temática rica y diversa, el esfuerzo profundo de reflexión y el ejercicio permanente del pensamiento crítico se reflejan en los textos que conforman el *Anuario*. Muchos de los trabajos tienen indudables interconexiones simbólicas y también en muchos de ellos se advierten resonancias conceptuales y planteamientos similares o cercanos, perspectivas de análisis, si no simbióticas, sí fraternales —en tanto teóricamente cercanas—, y, sobre todo, en buena parte de ellos la preocupación por los caminos a seguir en América Latina resulta no sólo evidente sino perentoria. El lector sin duda disfrutará no sólo de la gran calidad de muchos artículos, de las evocaciones nostálgicas de otros y de la excelente pluma de muchos de ellos, sino que podrá establecer todos los vínculos conceptuales, programáticos y hasta generacionales entre ellos, y ello no sólo al

interior de una misma disciplina o área de conocimiento, sino entre las diversas áreas en las que en un esfuerzo ordenador hemos debido agruparlos, si bien varios de esos artículos podrían transitar cómodamente entre la historia, la cultura o las ciencias sociales, por decir los menos.

Antes de proceder a las síntesis, o mejor dicho al esfuerzo de extraer de ellos ciertos elementos o aspectos fundamentales que nos orienten acerca de lo que tratan y que convoquen al lector a hincarles el diente, quiero hacer patente mi agradecimiento a José Luis Ávila, quien me insistió hasta el último momento de su gestión al frente del Colegio para que yo asumiera la difícil pero riquísima tarea de coordinar este *Anuario*; quiero agradecer por supuesto a todos y cada uno de los colegas que decidieron participar en este esfuerzo colegiado, y a todos aquellos colegas que aceptaron arbitrar los artículos. Quiero hacer expreso mi agradecimiento a Camilo Vicente Ovalle, quien revisó cuidadosamente los originales y procedió a la primera revisión editorial de los textos. De antemano también agradecer a Carmen Sánchez y a su equipo de editores el profesionalismo que sin duda acompañará este *Anuario* hasta su publicación.

Debo también presentar mis excusas por la tardanza con la que este *Anuario* verá la luz. En descarga del *mea culpa*, debo señalar algunas causas, comenzando por el rezago de varios colegas en entregar sus textos o en enviarnos la segunda y hasta la tercera versión, y el rezago en la entrega de los arbitrajes por parte de otros colegas. En todos los casos las razones fueron de variada índole y dos de ellas forman parte de la lógica de nuestra cotidianidad y de los rigores de nuestro oficio: el exceso de trabajo y de responsabilidades que a todos nos agobian, y la obsesión de perfeccionar, de no dejar cabos sueltos, de acercarnos siquiera a la excelencia académica que decimos perseguir... excesos de la “Academia” o de nuestros galopantes narcisos; sólo espero que la calidad del *Anuario* compense el largo tiempo de espera. En mi caso estos dos haces de razones se potencian por haber asumido las responsabilidades del cargo de Secretaria Académica y por la obsesión, compartida por tantos, de hacer las cosas de la mejor manera, querer estar a la altura de lo que los trabajos de mis colegas merecen como comentarios y no estar nunca del todo satisfecha. Al lector le toca extraer las conclusiones de nuestras veleidades perfeccionistas.

Hubo también la intención explícita de que este *Anuario* se dedicara o recordara la querida figura de Mario Miranda Pacheco: maestro, colega y amigo que tanto aportó a los estudios latinoamericanos y a quien tanto debemos los profesores y estudiantes del Colegio. En el ánimo de muchos de nosotros se hizo implícito y en otros casos explícito el reconocimiento a Mario Miranda, quien seguirá estando presente en nuestra memoria, la individual y la colegiada. Quiso también la lógica de los tiempos que vivimos que se tratara de inscribir este *Anuario* en las conmemoraciones del 2010. A ese respecto hay que señalar que de manera expresa, cuando se trata de especialistas, o de forma tangencial o subordinada a la temática principal de sus textos, varios trabajos recogieron las preocupaciones en torno a las conmemoraciones del bicentenario de las revoluciones de independencia de nuestros países y de la Revolución mexicana; otros muchos, en parte por no responder a sus preocupaciones o líneas de investigación prioritarias o por el cierto hartazgo que estos procesos celebratorios acarrearán, decidieron irse por otros derroteros, haciendo honor a sus inquietudes y a sus investigaciones centrales.

Quedan pues a la consideración de los lectores, las síntesis de esta presentación y los textos de los colegas que agrupamos según los campos disciplinarios de nuestro objeto de estudio.

Historia

El texto de Teresa Aguirre, “El revisionismo en la historiografía reciente”, analiza algunas características de esta corriente historiográfica que volvió a tener auge hacia los años ochentas del siglo XX, y señala la clara filiación conservadora que el revisionismo latinoamericano tuvo en sus etapas anteriores, a la que habría que sumar en esta última etapa “el rechazo a toda idea de sistema y totalidad, hoy alimentada por visiones multiculturalistas o pluriclasistas”, propias también de algunas posiciones del posmodernismo.

Desde ese horizonte que el revisionismo comparte con posturas posmodernas, la autora señala el profundo sesgo antimarxista del revisionismo desde los años setentas del siglo XX, su crítica a la herencia de la vía revolucionaria como motor de cambio, la sustitución de sistemas explicativos con base en la razón por motivaciones de índole subjetiva e identidades culturales, lo que entraña la sustitución de la noción de direccionalidad de la historia rechazando la pretensión de establecer ciertas tendencias generales y desembocando “en una visión pragmática, segmentada y fragmentada” de la realidad.

La tesis revisionista de la negación de la revolución como motor de cambio conduce a la sustitución del concepto de revolución por el de democracia política como la vía del cambio, y en esa perspectiva, el trabajo de Teresa Aguirre aborda el análisis de las obras de François Furet y de François-Xavier Guerra, y procede a un muy interesante señalamiento de cómo la evaluación y caracterización de las revoluciones está ligada a la conceptualización que de ellas se hace y al paradigma teórico con el que son interpretadas, lo que la conduce por supuesto a analizar cómo se vincula la interpretación revisionista con la realidad actual, concluyendo que esta concepción de la historia le da primacía a la utilidad práctica sobre la dimensión propiamente cognoscitiva de la empresa historiográfica.

En un muy breve pero interesante recorrido crítico por las interpretaciones de diversos autores, Sala de Touron, Hobsbawm, Fontana, Touraine, Gadamer, Ricoeur y Koselleck, entre otros, pone especial acento en aquellas corrientes hermenéuticas que se han preocupado por esclarecer las determinaciones recíprocas entre la construcción de las subjetividades y las condiciones histórico-materiales en que éstas emergen, y de cuya interacción surgen los cambios históricos.

El artículo de Teresa Aguirre sin duda esclarece, aporta y explora caminos de una discusión historiográfica impostergable.

El artículo de Eugenia Allier Montaño, cuyo largo título “Memoria y olvido, nuevas formas culturales de vivir el pasado. Las antiguas prisiones políticas en Uruguay: lugares de amnesia” lo dice todo, se inscribe en la perspectiva de rescate del papel central de la memoria como preocupación cultural y política de nuestras sociedades frente al vértigo abrumador, y tantas veces aniquilante, de la aceleración de la historia. Con un excelente trasfondo teórico y manejo crítico de autores capitales: Huyssen, Traverso, Halbwachs,

Todorov y Marc Augé, entre otros, y muy particularmente Pierre Nora y Hugo Achugar, Eugenia Allier nos introduce al debate acerca de las formas del paso de la historia a la memoria, así como al concepto mismo de los “lugares de memoria”, ahora que nos dice —glosando a Nora— que la memoria ya no es transmitida simplemente de generación en generación, sino como huella, historia y selección... de lugares de memoria. Esos lugares de memoria que no son tan sólo aquéllos donde se condensa y expresa la memoria colectiva, sino que se han convertido en “elemento simbólico del patrimonio memorial” de una comunidad.

Enseguida, Allier Montaña se ocupa de la lucha memorial por la apropiación del pasado que se desata en Uruguay a partir de 1985 y señala los tres periodos de esa contienda: el primero, de posicionamiento por la memoria o el olvido del pasado reciente; el segundo, tiene que ver con la “supresión del pasado”, y un tercero, que abriendo de nuevo una lucha parecida entre el recuerdo o el olvido, se vislumbra hacia el final, según nos dice, como la posible “institucionalización de la memoria del recuerdo...” (Encuentro Progresista-Frente Amplio, 2005).

Finalmente, ocupándose de manera prolija de la historia de las prisiones o centros de detención, la autora recupera brevemente las experiencias de Argentina y Chile, donde por ejemplo la ESMA fue transformada durante el gobierno de Kirchner en el Museo de la Memoria, o el caso chileno, donde el Estadio Chile, lugar de tanta ignominia, pasó a llamarse Estadio Víctor Jara, y donde la Villa Grimaldi, el terrible centro de tortura de la DINA, acabó por transformarse en el Parque por la Paz; ello en contraste con la situación en Uruguay, en donde ninguno de los antiguos centros de detención ha sido recuperado como lugar de memoria y donde el caso más patético es el de Punta Carretas, el lugar de amnesia más obvio, transformado en 1994 en centro comercial, haciendo de aquel que tendría que ser un lugar de memoria, un lugar de olvido y de consumo, escenario elocuente de eliminación de la violencia política y “su sustitución por la ordenada y legitimada violencia del mercado” (Allier, citando a Achugar).

La autora cierra su sugerente artículo con la esperanza de la progresiva recuperación, al menos en el terreno de la cultura, de ciertos espacios de estos “lugares de amnesia”, como el teatro que el grupo La Candela pasó a tener en los sótanos de uno de los edificios del centro comercial, o la Escuela de Diseño Industrial en la antigua cárcel de Miguelete, o la campaña “Penal Libertad, Nunca Más”, cuya meta era lograr el cierre de la Prisión Libertad (¡qué incongruencia ofensiva la del nombre!) y los esfuerzos de grupos de prisioneros políticos como CRY SOL, para recuperar los lugares de amnesia, conjurar el olvido y darles el valor simbólico de lugares de memoria.

Vale concluir que la atinada bibliografía que acompaña el artículo da cuenta de la solidez del mismo.

El artículo de Ana Carolina Ibarra, “Nace una vida política. La crisis de independencia en las regiones”, que se inscribe de manera específica en las reflexiones en torno a las conmemoraciones del bicentenario de la Independencia, dirigido, como la propia autora nos dice, a los historiadores en ciernes, aspira por ello, en sus propias palabras, “a abrir interrogantes para las nuevas generaciones, para que aprecien la riqueza de un pasado que tiene mucho que decirnos en la actualidad”. En esta tónica historiográfica didáctica y reflexiva en donde estas conmemoraciones aspiran a tener un alcance más

allá de la mera remembranza de sucesos históricos fundamentales, la doctora Ibarra se ocupa de tres ciudades marginales durante la revolución de independencia, ciudades que se pensaron como “islas en la tormenta”, dado que la guerra tenía lugar fuera de ellas: se trata de Chilpancingo, apenas recién nombrada ciudad por Morelos después del congreso; de la ciudad de Monterrey, en el norte del país, y de la ciudad de Oaxaca, en el sur.

En una apretada síntesis fruto de un profundo conocimiento del proceso independentista no sólo de México sino del resto de las posesiones españolas en nuestro continente, Ana Carolina Ibarra comienza por darnos cuenta de la situación histórica en la península ibérica, y por ende de los acontecimientos que propiciaron la crisis de representación política, para abordar enseguida los cortos pero serios estudios de las tres ciudades mencionadas y valorar el impacto de aquellas controversias a nivel local.

Lejos de ser sólo consideradas como islas en la tormenta, los estudios de la doctora Ibarra dejan al descubierto la profunda complejidad de sus diversas pero ricas situaciones que permiten incluso considerarlas como lugares en donde nace una cultura política moderna que muestran distintas formas de participación de las elites locales y las señalan como centros articuladores, superando las visiones o caracterizaciones estereotipadas de la tradicional historia de la formación de la nación. De esta manera, el texto de Ana Carolina Ibarra abre posibilidades y caminos de acercamiento a los procesos regionales, así como nuevos horizontes acerca de las prácticas y la cultura política en la víspera de la independencia.

Al decir de Ana Carolina Ibarra, “los aportes de la historia regional, la reflexión sobre los autonomismos y las autonomías nos han permitido observar procesos regionales que habían sido negados por la historiografía épico romántica...” y en ese mismo sentido han contribuido a apuntalar la visión crítica acerca de los procesos que condujeron a la formación de la nación.

El artículo de Andrés Kozel, “La idea de América en el historicismo mexicano. Notas de investigación”, aspira a contribuir a la reflexión historizada y sistematizada de la idea de América en el seno del historicismo mexicano, abordando tres de las más fértiles versiones: las de José Gaos, Edmundo O’Gorman y Leopoldo Zea.

El texto no sólo pretende dar cuenta del complejo entramado de relaciones, tributaciones o deslindes entre dichas versiones y su articulación con debates más amplios, sino que lo hace desde una perspectiva latinoamericanista actual frente a los retos que se derivan de la crisis civilizatoria en la que estamos inmersos.

Procede a una rápida revisión histórica de los múltiples significados y contenidos simbólicos del término América: por diferenciación (con “lo europeo”), contraposición (entre las dos Américas) que deriva hacia la idea de la latinidad, y ya en el contexto histórico de las primeras décadas del siglo XX conduce al relativo esclarecimiento a nivel continental de los rasgos definitorios de esta tradición ideológico cultural.

El autor nos introduce a una breve pero sesuda reflexión sobre el historicismo y su complejidad como corriente historiográfica, comenzando por la noción misma, polémica y diversa; sitúa su surgimiento, y señala algunos de sus elementos fundamentales y cómo tendió a conectarse con el relativismo cultural y epistemológico, y a veces también con el presentismo historiográfico. Plantea, además, una serie de interrogantes que lo llevan

a considerar la cuestión de si hay una o varias ideas historicistas de la historia y, por ende, a insistir en la dificultad de establecer el canon de autores y obras historicistas.

Aborda enseguida el tema principal de su texto: la reflexión acerca de la idea de América en los autores mencionados, arrancando en la década de los años cuarentas del siglo pasado, cuando llega a México un “historicismo diltheyano-heideggeriano-orteguino (Mature), teñido de vitalismo y existencialismo...”

El texto de Kozel da cuenta de la relación conflictiva de esta corriente con la experiencia de la modernidad occidental y la manera en que los autores mencionados la establecen en distintas modalidades de articulación, haciendo un punteo de elementos para el debate en las obras de Gaos, O’Gorman y Zea, punteo, de nuevo rápido pero profundo, donde Andrés Kozel se ocupa de las diversas etapas del pensamiento de los autores y da cuenta de las obras señeras en que sus ideas sobre América alcanzan su mayor madurez y/o de los planteamientos más desafiantes. Es decir, el texto de Kozel da cuenta de los cambios operados en la trayectoria intelectual de los autores, no sólo en cuanto a la diversidad de tópicos tratados, sino a la valoración distinta al interior de la misma temática.

Resistiendo a la tentación de ponderar en una síntesis de la síntesis aquellos planteamientos que me parecieron más interesantes y atinados de la reflexión acerca del debate sobre la idea de América en estos autores y acerca de las relaciones entre ellos, sólo mencionaré algunos a manera de muestra:

Uno de ellos, por ejemplo, es el creciente distanciamiento que se operó entre O’Gorman y Zea, el cuestionamiento por parte de Zea de la versión del historicismo-aristocratizante, neo-sepulvedista de O’Gorman, así como la embestida de O’Gorman, no sólo contra la interpretación que la Revolución mexicana ha hecho de la historia de México, sino también contra el latinoamericanismo clásico... o tal vez el “hallazgo reconfigurador” de lo “propio positivo” de Zea, que pasa, como bien dice Kozel, por “la postulación del horizonte de una modernidad auténticamente universalista en el seno de la cual los pueblos todavía no plenamente modernos hayan hecho suyos los beneficios de la modernidad, y ello no sólo sin renunciar a sus respectivos modos de ser, sino además con base en esos respectivos modos de ser”, por señalar sólo algunas de las muchas polémicas sugerentes de este artículo.

Y, si como concluye el doctor Kozel, el entramado de las interconexiones simbólicas parece escurrirse una y otra vez entre los dedos, coincidimos con él en que el fortalecimiento de una perspectiva latinoamericanista tan afanosamente buscada reside justamente en el esfuerzo por desentrañar esas interconexiones simbólicas identitarias.

En el artículo “Éramos una generación optimista”, Patricia Pensado Leglise aborda la relación entre política y ética que se plantea en los movimientos políticos y sociales del siglo XX y en particular en la experiencia de la participación de los militantes de algunas corrientes de izquierda. Recurriendo a la historia oral “como herramienta central y materia que es sometida al análisis crítico del historiador o científico social”, nos presenta una entrevista en la que se pone de manifiesto la interacción entre ética y política. El entrevistado pertenece a la llamada generación del 68, generación que vivirá la transición de la izquierda comunista de los años sesentas, la derrota de los movimientos sindicales que fueron objeto de una represión brutal en el contexto de la guerra fría, las escisiones de las

corrientes al interior de los partidos de izquierda, el triunfo de la Revolución cubana y la esperanza de una vía hacia el socialismo y los movimientos estudiantiles de final de la década, desde el Mayo Francés hasta el movimiento estudiantil en México, pasando por las protestas por la guerra de Vietnam y la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos..., que conducen a tantos miembros de esa generación a la necesidad de asumir el compromiso de la militancia política rebelándose contra la injusticia social. Por ello, para el entrevistado, el hecho que distinguió a los movimientos sociales de la década de los años sesentas fue su dimensión ética.

La doctora Pensado logra en esta entrevista destacar lo que podríamos considerar elementos generacionales, que se desprenden de la historia de vida del entrevistado, con cuyas aristas, o al menos con algunas de ellas, muchos podríamos identificarnos, por ejemplo, con esa suerte de “conversión” al socialismo desde un *ethos* cristiano... o con aquella condición que da título al trabajo: “Éramos una generación optimista porque podíamos proyectar el futuro, vivíamos un presente en ascenso...”

Caracterizando al movimiento del 68 como un movimiento moral en defensa de las garantías individuales y de los derechos humanos que prelude los movimientos antisistémicos de las décadas de los setentas y ochentas, el artículo resalta la perspectiva del entrevistado que caracteriza la brecha ideológica abierta por el movimiento que a su vez sentó la posibilidad de un *ethos* social, de una moral social distinta, y reconociendo que ese capital y ese potencial político-social que generó tal vez se dilapidó en parte, “en parte no se reprodujo y en parte se perdió” y no logró plasmar en un proyecto cultural alternativo, lo cierto es que sí constituye un punto de referencia sustancial: “Quedó una identidad simbólica, y esa identidad, la batalla que se dio por mantener esa identidad simbólica... ese símbolo está ya plenamente identificado en la historia nacional..., no se perdió, digamos, fue un triunfo político moral...”

El trabajo continúa abordando las características de la década de los setentas con el surgimiento del sindicalismo universitario y señalando, asimismo, los límites de un sindicalismo democrático atenazado por las prácticas políticas de un movimiento obrero despolitizado, “aculturado en el clientelismo, en las redes de compadrazgo, en la lealtad a las personas [y] no a los proyectos ni a las instituciones...”, para terminar con el llamado a la necesidad de aterrizar sobre el nuevo contexto sociocultural y político que está viviendo nuestro país, y de identificar a los agentes sociales de nuevo tipo, para entender su mentalidad y los valores que orientan su acción social.

Literatura

Con un artículo titulado “*Amauta*: originalidad de una vanguardia”, Ignacio Díaz Ruiz nos conduce a una apasionante reflexión acerca de las implicaciones de un título y de una portada. Pocos autores tan entrañables y profundos como Mariátegui, pocas obras tan ricas, tan conocidas y transitadas como la revista *Amauta* y los Siete Ensayos..., que conforman, como dice Díaz Ruiz, “una singular red de vasos comunicantes” por su “similitud ideológica, política y estética...” Pero una vez señaladas, con gran precisión y agudeza, el carácter de vanguardia ideológica, intelectual y artística de la revista y la profunda identidad entre *Amauta* y su fundador, que la dota de esa “impronta ideológica”,

cognitiva, ética y estética... el doctor Díaz Ruiz nos deleita con las interesantes disquisiciones acerca de la relevancia que cobran la cuestión del nombre y de las ilustraciones de la revista. Por el nombre, *Amauta* adquiere una identidad propia, “una orientación delimitada y precisa”, el vocablo, de procedencia histórica indígena, “es un término sugerente, invocador, que designa y alude” al filósofo, al hombre prudente, al sabio “que al ejercer sus funciones de maestro, socializaba en cierto grado sus conocimientos”. Dado que la expresión quechua no puede tener una traducción literal, remite “a un haz de significados y de aproximaciones culturales”, porque, como diría el mismo José Carlos, “*Amauta* no debía ser un plagio, ni una traducción. Tomábamos una palabra incaica, para crearla de nuevo”. De esa manera, un título, su nombre, orienta y señala su ruta crítica, que posibilita que no sólo la comunidad indígena peruana sino la americana encontraran en ella “un portavoz y un espacio cultural”.

De igual manera, Ignacio Díaz Ruiz nos dice cómo el diseño de la portada contribuyó a precisar el sentido de innovación crítica, en dos aspectos sustanciales (que como historiadora no puedo dejar de ponderar), el uno referente al sujeto de estudio: un país y una sociedad, la peruana y los sujetos y agentes históricos que de ahí se derivan, y el otro relativo a la búsqueda de la totalidad nacional, que teórica y metodológicamente persigue y que parte de la aspiración de la totalidad histórica desde la perspectiva marxista crítica mariáteguina.

Un último apartado de este excelente artículo se pregunta por la vanguardia artística. Nos dice Díaz Ruiz que “Frente al discurso predominante de carácter ideológico, revolucionario, socialista, científico-social, nacional e indigenista que está presente en la revista *Amauta*, cabe la interrogante acerca de las tendencias y orientaciones artísticas y literarias incluidas entre sus variados materiales”. Para responder a esa interrogante, el autor enlista ensayos y sobrevuela poemas, para dar fe del vigor y la complejidad del discurso poético vanguardista del conjunto de la revista y concluir recuperando el excelente trabajo de Schwartz: “En *Amauta*, Mariátegui concilia dos vertientes que difícilmente están en relación pacífica una con otra: la vanguardia estética y la vanguardia política”.

Valdría la pena que el lector recuperara detenidamente la última página del artículo de Ignacio Díaz Ruiz, para hacerse eco o tal vez cómplice de mi respuesta a la pregunta de Alfredo Bosi con la que el autor termina: ¿Será la vanguardia un puente de dos sentidos?; tendría que serlo para potenciar su carácter de vanguardia y para no perder su historicidad.

“Exilio, diáspora y traducción: Paul Zech y la versión alemana de *Huasipungo* de Jorge Icaza” es el texto en el que Susana Romano Sued aborda el complejo y rico fenómeno de la traducción que, según nos dice, constituye un proceso de transferencias interculturales, interlingüísticas, para dar cuenta de la función que esta versión alemana de *Huasipungo* asumió “tanto en las *realia* del *mundo indígena* apropiadas y proyectadas a la lengua y la cultura receptoras... cuanto en el mundo subjetivo del traductor”.

En una primera parte del artículo, la autora reflexiona acerca de la traducción, ese esfuerzo de interpretación integral de una obra literaria y en particular de la literatura traducida como “diáspora de la escritura” que constituye el espacio en el que las obras que han transpuesto sus fronteras lingüísticas encuentran alojamiento, si bien puede tratarse de

un verdadero proceso de apropiación que puede redundar en la expansión del universo de la lengua receptora, o bien conducir, en el otro extremo, a la aclimatación o acriollamiento de la obra, borrando las marcas de su procedencia.

Dado que es en el aparato paratextual en donde el traductor se vuelve visible y se convierte en vehículo de transferencia intercultural, Susana Romano mostrará que las posiciones y los valores socioculturales, políticos y estéticos se revelan, quedan de manifiesto en la estrategia discursiva de los paratextos de Zech.

Para situar su análisis de la traducción de *Huasipungo*, Susana Romano procede primero a una interesante revisión histórico-crítica de las primeras décadas del siglo XX, con sus expresiones nacionalistas e indigenistas, mencionando la obra clave de Mariátegui, y deteniéndose un poco más en Arguedas, a quien considera el fundador del indigenismo literario, reflexionando sobre los excesos o exacerbación de los nacionalismos, la idealización romántica y las visiones maniqueas acerca del mundo indígena y la deformación y descentramiento de ciertos “indigenismos”, para destacar, en ese sentido, el carácter de hito de la novela de Icaza, que (retomando la opinión de Regina Harrison) “logró satisfacer las demandas de los críticos al describir en forma realista las formas de vida de los indígenas...”

Enseguida, la autora nos ofrece algunas rápidas reflexiones sobre la vida y la trayectoria de Paul Zech, su militancia antifascista, su decida lucha a favor del oprimido y su humanismo profundo, y situando la traducción de *Huasipungo* en el contexto de la tradición indianista e indigenista que permeó la producción literaria en Hispanoamérica, potenciado todo ello, por el exilio, en el caso de Zech, que tal vez no sólo permite, sino exige, la apropiación de horizontes o acervos culturales y literarios, ya que el traductor está en la diáspora respecto de su suelo y su lengua natales. Por ello nos dice que “pensar la cultura en el destierro, transponerla a la lengua y cultura del territorio vedado e irrecuperable, constituye un acto de doble alcance: por un lado se trataría de una operación compensatoria de la derrota social y política de los ideales del sujeto a través de la reivindicación del indio, su mundo, con proyecciones utópicas, y por otro, y al mismo tiempo, constituye un invalorable acto de transmisión cultural”, o como dirá Susana Romano más adelante, enfatiza “la función de extrañamiento brechtiano, al llamar la atención sobre lo propio a partir de una ejemplarización por la vía de lo *otro*”.

El artículo de Jorge Ruedas de la Serna, “Pedro Henríquez Ureña, biógrafo de la Independencia”, destaca la importancia de uno de los más importantes trabajos históricos del autor: su excepcional contribución a la Antología del Centenario, considerado el panorama más amplio de la literatura mexicana de la época de la Independencia, antología en la que Henríquez Ureña escribió trece de los dieciocho artículos que la conforman. El doctor Ruedas señala la madurez crítica y la enorme cultura literaria de Henríquez Ureña, quien con tan sólo veintiséis años de edad fue capaz no sólo de dar cuenta de más de doscientos autores, sino de hacerlo partiendo de la investigación bibliohemerográfica y el rescate textual para de ahí abordar el análisis literario, estético y formal, en una época en la que, al decir del doctor Ruedas, tan sólo se atendían los aspectos temático-ideológicos.

Ruedas de la Serna señala, además, entre las varias virtudes de los textos de don Pedro, la de responder a una nueva visión historiográfica, en la que la selección de los biografiados y de sus obras no obedeció a las preferencias ideológicas y partidistas tan

características de los repertorios biográficos del siglo XIX, sino a una visión que apuntaba a concebir la literatura como una institución social que caminaba abriéndose espacio a la par que se constituía el nuevo país, buscando hacer de la literatura un medio de comunicación y un horizonte de diálogo.

Jorge Ruedas concluye su artículo analizando dos ensayos de Henríquez Ureña escritos en 1913: *Traducciones y paráfrasis de los autores mexicanos en la época de la Independencia* y *La métrica de los poetas mexicanos en la época de la Independencia*, ambos producto de estudios histórico-críticos inéditos en México, en los que Henríquez Ureña despliega su proverbial agudeza e imparcialidad críticas, porque, como nos dice Ruedas de la Serna, observando el nacimiento y los tropiezos de esa literatura y encomiando también sus aciertos, Henríquez Ureña era, más que un censor, un preceptor benigno, pues ésa era su generosa manera de entender la crítica literaria.

El artículo de Valquiria Wey, “El Quijote en el sertón. Aventura y narrativa en Guimarães Rosa”, nos ofrece una interesante y vívida reflexión sobre lo que llama el suelo cervantino de la obra de Guimarães Rosa en el cuento que más concretamente alude al Quijote: “Tarantón, mi patrón”, con la intención explicitada por la autora de incorporar la creación a la reflexión historiográfica. Dado que —nos dice— nuestro continente “fue descubierto o inventado en confluencia con el imaginario aventurero de los siglos XV y XVI”, la presencia de esos relatos de caballería fincan el establecimiento del Quijote como tradición cultural, y al decir de nuestra autora, en el caso de Brasil, esta tradición ibérica se mantiene casi intacta hasta los años treinta del siglo XX en lugares apartados.

Esa región apartada de Minas Gerais, escenario de la obra de Guimarães Rosa (“*O sertão é o mundo*”) adquiere el estatuto simbólico que Cervantes dio a la región de la Mancha. El otro elemento del “piso cervantino” de la obra de Guimarães son sus protagonistas, “hombres de armas en busca de respuestas trascendentes... personajes heterónimos de un modelo quijotesco”.

La rica reflexión de Valquiria Wey sigue bordando sobre cómo la ficción moldea la vida y de cómo este tema, este sentido de la obra cervantina, está presente en la de Guimarães, tanto en el sentido literal “cumpliendo un ciclo entre literatura, vida, reflexión y nuevamente literatura”, como en el modelo narrativo que disuelve la autoría en numerosos narradores y responsabiliza al lector de los posibles sentidos del texto. Esta centralidad del lector es, como dice la autora, la que nos fascina “porque nos hace partícipes de la construcción del sentido de lo que leemos”. Las últimas páginas del artículo de Valquiria, síntesis espléndida del suelo cervantino de “Tarantón, mi patrón”, cierran esta lúcida y deliciosa reflexión.

Filosofía

Los tres artículos que corresponden a las reflexiones desde la filosofía constituyen excelentes síntesis centradas en los problemas de interpretación, ya se trate de Kant o de Marx o de una reflexión acerca de la hermenéutica en los tiempos actuales, todos ellos reivindican un compromiso ético con el cambio social.

Carlos Ham Juárez, en su artículo “Kant y la hermenéutica del cambio social”, plantea el problema de la hermenéutica del cambio a partir de la modernidad y el pensamiento ilustrado abordando ciertas ideas de Kant acerca de la historia y del progreso humano para intentar *dotar de racionalidad el mundo cambiante*, esfuerzo que Ham vincula a los procesos revolucionarios de los siglos XIX y XX, para tratar de *contribuir con el análisis de las ideas de Kant a una reflexión en la que sea posible encontrar una interpretación y una manera de comprender la acción revolucionaria*.

Recuperando buena parte de los principios de la filosofía ilustrada, desde el descenramiento de Dios por la inclusión del sujeto inmanente, la oposición de concepciones del cambio entre la física aristotélica y la renacentista, hasta la entrada de la matemática al estudio del movimiento dotándolo de una racionalidad comprensible, el artículo de Carlos Ham analiza la hermenéutica del cambio social en Kant en la que *nada escapa a la racionalidad moderna* y donde el comportamiento humano *no es del todo azaroso y libre, ni su historia será la sucesión de hechos incomprensibles*.

Ham considera que Kant ha sido quien ha planteado con mayor lucidez el problema de la racionalidad *en estrecha relación con la libertad* y esta libertad humana no es producto del azar o el capricho individual, sino que *tiene su propia determinación racional, entendida ésta como la ley universal que se expresa en el imperativo categórico*. De esta manera, la historia humana puede ser concebida como ese largo camino de construcción de la racionalidad en el que la ley y la capacidad moral posibilitan el progreso social, proyecto emancipatorio que como sabemos no es tarea del individuo aislado sino de la humanidad toda, de ahí su universalidad pues el plan providencial de la razón no ocurre para el individuo sino para la especie.

El artículo de Víctor Hugo Méndez Aguirre, “El papel de la ética hermenéutica en un mundo neoglobalizado”, se pregunta por el papel de la filosofía en *el aciago panorama de violencia, falta de comprensión y resurgimiento de fundamentalismos e intolerancias* en esta época de neoglobalización. La respuesta para Méndez Aguirre estribaría en el fomento del pluralismo en la hermenéutica *versus* una hermenéutica extremadamente univocista que caracteriza la intolerancia que acompaña el fenómeno de la neoglobalización. Apoyándose en Umberto Eco, sin duda uno de los pilares de la hermenéutica contemporánea, y en la vía de la educación, Méndez Aguirre apuesta porque ese *tándem interpretación-comprensión*, desarrollado por la hermenéutica, descansa justamente en el pluralismo como vía de comprensión del otro.

El texto de Gabriel Vargas Lozano, “Karl Marx: ¿cómo leer a un clásico desde nuestro tiempo?”, se pregunta acerca de la situación actual del marxismo en México, recordando dos momentos estelares, la década de los años treinta y particularmente la de los sesentas y setentas (y aun principios de los ochentas), de extraordinario florecimiento de la teoría y el paradigma marxista. Enseguida, Vargas Lozano aborda el análisis de las causas que condujeron a la pérdida de interés sobre el marxismo en el país, tres, a su parecer: la primera de índole política provocada por el colapso de la economía (1982) y las respuestas a dicha crisis; el “cambio de dirección en la política estatal”, y concomitantemente el cambio de la parte más significativa de la izquierda mexicana abanderando la lucha democrática, que se saldó sin embargo con el fraude electoral del 88.

La segunda causa fue el derrumbe del llamado socialismo “realmente existente” que condujo a la decepción e incluso a su abandono, pensando que no había otra alternativa al capitalismo y reforzando la salida democrática, sin siquiera plantearse el carácter multívoco del término.

La tercera causa, fruto de nuestra mentalidad colonizada, sería la dependencia teórica y sus consecuencias de esquematismo y eurocentrismo, que hemos arrastrado no sólo como país sino como región. Pero al paso del tiempo, nos dice el doctor Vargas Lozano —parafraseando a Tito Monterroso—, el marxismo, dinosaurio o no, “todavía se encontraba allí”.

Sin dejar de señalar que los mejores análisis críticos de aquellas sociedades socialistas se hicieron justamente desde el campo marxista, Vargas Lozano se pregunta de cara a la crisis de las políticas neoliberales, “¿cómo recuperar el potencial teórico-crítico de Marx y del marxismo crítico...” que pueda incidir en los movimientos sociales que se pronuncian por una alternativa al capitalismo?

Para responder a sus propias interrogantes, Vargas Lozano se remonta a la búsqueda de los elementos explicativos de las simplificaciones reduccionistas o de las interpretaciones de la obra de Marx “condicionadas desde el punto de vista político e ideológico por los problemas que surgieron en el plano práctico”, pasando revista a los autores, a las publicaciones, ediciones y traducciones (hasta la MEGA (2)).

De esta rápida pero sustentada revisión, Vargas Lozano desprende varias conclusiones que refrendan el carácter crítico del pensamiento de Marx, el carácter abierto, interdisciplinario de su obra que justamente por su mismo carácter inacabado suscitó polémicas e interpretaciones que muchas veces condujeron a la pérdida del sentido original de sus planteamientos.

En un ejercicio de honestidad intelectual, que él ejerce y al que apela, Vargas Lozano denuncia la concepción acrítica, esquemática, dogmática durante el estalinismo y después de él: que se resuelve en un sistema de dominación, un determinismo economicista, una teleología de la historia, etcétera, y al abundar en el carácter inacabado del pensamiento de Marx, señala justamente también su carácter incompleto, que puede encontrarse en la serie de planteamientos epistemológicos, sociológicos y filosóficos que se condensan en frases sintéticas, y en cuestiones e ideas no desarrolladas que conducen a la contradicción en las interpretaciones, pero que también pueden derivar y derivan en polémicas enriquecedoras.

Vargas Lozano concluye recuperando lo que considera “aportaciones de Marx para hoy”, lo que supone incorporar todo lo que se ha hecho desde un marxismo crítico y creativo, porque como bien nos dice —respondiendo a su pregunta inicial— un clásico sólo puede servirnos para leer y transformar el presente. Y en ese sentido, las aportaciones de Marx, hoy vigentes, son: la formulación de un nuevo humanismo; la potencia epistemológica del materialismo histórico como método de la historia, a condición de mantener su carácter creativo (aquí, recupera las aportaciones de Eric Hobsbawm, E. P. Thompson, Pierre Vilar, Wallerstein, Anderson, etcétera); el nuevo papel de la filosofía recordando las aportaciones de Gramsci, Lukács y Sánchez Vázquez, en este terreno, y recordándonos que no sólo *El capital* es la primera exposición crítica del sistema capitalista y sus crisis, sino también la que denuncia su carácter deshumanizador y depredador, buscando “propiciar su transformación radical para la constitución de una

sociedad en donde predominara la justicia y un desarrollo humano pleno. Nada más y nada menos”.

Las páginas finales de este interesante artículo señalan, a la luz de la extraordinaria evolución de la ciencia, la filosofía y la historia que ha tenido lugar desde estos casi dos siglos transcurridos desde el nacimiento de Marx, la necesidad de profundizar muchos otros aspectos y problemas “con Marx y más allá de Marx”. A título meramente enunciativo, helos aquí: la dimensión ecológica, los límites del capitalismo, la concepción de la ética y, por ende, la relación entre ética y política, lo que implica su vínculo con la praxis, la dimensión de la democracia radical y finalmente la necesidad de una nueva formulación del socialismo, que constituye, sin duda, una apuesta por nuevas vías y la reivindicación de un marxismo renovado.

Cultura

El excelente artículo de Horacio Crespo, “Linajes intelectuales y coyunturas culturales en la construcción del pensamiento latinoamericano”, parte de la pregunta ¿hacia dónde va América Latina?, interrogante que, como él dice, se vuelca sobre el presente para “revelar su potencialidad de modelar el próximo devenir”, frente a la devastadora crisis de certidumbres y certezas intelectuales y políticas, lo que obliga a repensar de nuevo qué es América Latina y qué tipo de saber constituye el llamado pensamiento latinoamericano.

Para resolver estas interrogantes, Crespo efectúa un desplazamiento y se ubica en la esfera de la cultura, para preguntarse de qué estamos hablando cuando decimos que América Latina constituye una cultura específica, misma que empieza a responder con un nuevo “deslizamiento” que va de la consideración de América Latina como una esencia dada, sea por los viejos nacionalismos, sea por las etnicidades, hacia la consideración de que América Latina es una *construcción cultural*, crítica, dialógica, plural...

Para Horacio Crespo, “América Latina no es sólo un ámbito geográfico, sino un *topos* hermenéutico, una trama compartida de significados, un *ethos* cultural básico... es una vasta y polifacética construcción cultural e histórica, con vigorosa capacidad de producción de sentido identitario y valioso potencial de proyección política liberadora con contenidos y vías plurales”.

Pero es también, por ello mismo, en la construcción de ese pensar latinoamericano, “un *corpus* de textos y de iconos, y una fascinante exegética tejida sobre ellos: una intertextualidad constituyente”.

Planteado así el asunto del latinoamericanismo como construcción cultural, Crespo recupera procesos, momentos, autores, para dar cuenta de cómo se fue construyendo paulatinamente, históricamente, en torno a elementos fundacionales complejos.

Centrado, como dijimos, en el presente, el nuevo momento del latinoamericanismo debe asentarse en correspondencia orgánica, con ese proceso de búsqueda de espacios autonómicos, de profundización democrática y participativa, de lucha por la equidad social.

Y en la búsqueda de la construcción y reconstrucción de esa “genealogía de lo latinoamericano con sentido crítico en lo cultural y en lo político”, Crespo analiza y recupera

los procesos y momentos fundantes: el antipositivista, el cepalino y el momento actual de procesos democráticos en el difícil contexto del mundo globalizado. Se trata, pues, de “subrayar la relación existente entre una serie de acontecimientos históricos decisivos para la construcción de ‘América Latina’ en lo político, económico y social...” con las corrientes de pensamiento que fueron constituyendo el *corpus* del llamado pensamiento latinoamericano, lo que nos sitúa en la construcción cultural perseguida desde el principio del texto de Crespo, y en la recuperación de los linajes intelectuales que constituyen la trama de ese pensar latinoamericano.

Historicidad *versus* esencialismo, Crespo nos muestra cómo la construcción de ese pensamiento se deriva de las diversas prácticas intelectuales, culturales y políticas, poniendo el acento en ese proceso y ejercicio dialéctico, entre acontecimientos, pensamientos y hechos culturales que caracterizan la nueva historia intelectual, perspectiva metodológica desde la cual busca dilucidar esas relaciones *heterogéneas, discontinuas y diacrónicas* de los procesos intelectuales y su correspondencia con las coyunturas políticas y sociales que posibilitaron los procesos intelectuales más renovadores del siglo XX.

Por último, el doctor Crespo aborda la relación de este pensamiento latinoamericano con los grandes paradigmas culturales de Occidente de los que somos tributarios, y nos dice que es esta compleja relación particularizada con la cultura occidental, esta situación diferencial de América Latina, la que da densidad específica al pensamiento latinoamericano, pues los centros de poder occidentales no sólo lo son en lo político, en lo económico, sino lo son también en tanto otorgan legitimidad intelectual.

Y recuperando las preocupaciones de Haroldo de Campos en torno al problema de la *traducción*, en este caso, no de una lengua a otra, sino de un espacio cultural a otro, Crespo vuelve a situar el problema del pensar latinoamericano, los problemas, diríamos nosotros (el plural no es gratuito). Ante la permanente insatisfacción respecto al logro del modelo europeo, a la actitud crítica de apropiarnos, de hacer nuestro, lo mejor del pensamiento occidental, pero también frente “a la referencialidad respecto a nuestra esencial bastardía en términos de legitimidad occidental” —descentramiento al cual, según el autor, nos acomodamos y hacemos de ello nuestro principal atributo—, la tarea parece ser la reflexión acerca de los modelos de legitimidad, la reflexión sobre el tema de las grandes familias de pensamiento en el siglo XX y en el marco metodológico de esa historia intelectual, donde adquieren toda su fuerza “no solamente las ideas abstractas de los pensadores, sino también los lugares de elocución, los centros de irradiación”.

El texto de Miguel Ángel Esquivel, “El impulso plástico-gráfico dinámico del cine como impulso de elocuencia social total”, explora la relación de David Alfaro Siqueiros con la fotografía y particularmente con el cine, en razón del vigor visual que comportan, como posibilidades de desarrollar una teoría del arte público “hacia una nueva *elocuencia social total*”. Sigue la pista de la intrincada relación de Siqueiros con el cine recuperando aquellos filmes que buscan sintetizar el “alma de México” y procediendo a denunciar en algunos textos, aquellos otros que acotan ya “el afán falsificador” del cine nacional”, o han perdido la “honradez estética” que tuvieron los primeros cineastas “que, de modo equivalente al esfuerzo de los muralistas, intentaban hacer coincidir las nuevas formas artísticas con las que dentro del proceso de la revolución social en México habían comenzado a gestarse”. Para Esquivel el cine de Eisenstein logra insertar un elemento estético

indispensable: “un material de actores-masa, de actores-pueblo..., de inmensa utilidad para el futuro de tal producción estética multitudinaria en México”.

La parte central del artículo (Eisenstein, Siqueiros y sus poéticas, y Política vía la poesía y por una nueva ciudadanía) se ocupa de desbrozar las implicaciones de esa relación que por azar o por simpatía o afinidades ideológicas se estableció entre Siqueiros y Eisenstein, en torno a la condición social estética a partir de la cual se sustentan los significados. Esquivel nos dice que Eisenstein “encontró en el muralista mexicano lo que como cineasta él mismo llamaba ‘atracciones’, sentido de ‘conflicto’ o incluso, una cierta *dialéctica* o formulación *materialista*. De la misma manera que Siqueiros... estima con suma inteligencia estas concomitancias con el ideario de Sergei Eisenstein... que en realidad es la apuesta por una estética que no tenía precedente en la historia de la cinematografía ni en la del muralismo”.

El artículo de Sergio Ugalde Quintana, “Aimé Césaire y Wifredo Lam: un diálogo caribeño entre la poesía y la pintura”, nos lleva de la mano por senderos y cruceros: la Martinica, Cuba y México, en donde se dieron los encuentros y se establecieron los vínculos de amistad y el diálogo artístico entre el gran poeta martiniqués Aimé Césaire y el gran pintor cubano —yo diría casi cubano-mexicano— Wifredo Lam. Lamentándose de entrada de las pocas traducciones al español de la obra de Césaire y, por ende, del escaso conocimiento que de su obra se tiene en nuestro país, en el que tal vez el texto más difundido sea el *Discurso sobre el colonialismo*, Ugalde entra en la parte medular de su texto, explicándonos cómo la traducción cubana del *Cahier d’un retour au pays natal* de Césaire, su primer poema, y gran monumento lírico del siglo XX, “según palabras de Benjamín Peret o André Breton...”, sería “imposible de imaginar sin la colaboración de Wifredo Lam”, y explicándonos también cómo entre *La jungla* de Lam y el *Cahier* de Césaire hay un diálogo secreto que aún no se alcanza a descifrar.

En las páginas siguientes Ugalde recrea el ambiente, *el tiempo y el espacio* en los que se producen los encuentros desde que en abril de 1941 el vapor *Capitaine Paul le Merle* avistó las costas martiniquesas con esa carga preciosa de intelectuales y artistas de la talla de Claude Lévi-Strauss, André Breton, Victor Serge y el propio Lam, entre otros, y nos recuerda los itinerarios previos que vinculan a Lam con Breton. La estancia en la Martinica que permitió el descubrimiento de la revista *Tropiques* y el encuentro de Lam con la poesía de Césaire que fue de tal manera revelador, que apenas vuelto a Cuba le propuso a Lydia Cabrera la traducción del poema. Por ello, a principios de 1943, con el título *Retorno al país natal*, nos dice Ugalde, “el primer libro de Aimé Césaire apareció, no en francés ni en París, sino en español y en La Habana”, dando cuenta de las afinidades entre los dos artistas; también nos dice Ugalde que después de su primer encuentro Césaire y Lam realizaban un proyecto conjunto que titularon *Annonciation*, muestra de que sus afinidades perduraron.

Éstos serían sólo algunos elementos de este interesante y apasionante recorrido del diálogo entre la poesía y la pintura que nos ofrece el texto de Sergio Ugalde.

En su largo, interesante y denso texto “Ensayos de interpretación”, Liliana Weinberg plantea de entrada la tarea, polémica sin duda, de confrontar el discurso del ensayo con el de las ciencias sociales. Lo hace a través de una reflexión en torno a los cambios experi-

mentados en la década de los años sesentas, de lo que se consideraría una nueva era en la investigación dominada por la expansión de las ciencias sociales, que al decir de la autora trajo consigo el desplazamiento del ensayo de interpretación en distintos ámbitos de la comunidad académica, al tiempo que señala que en los mismos años, distintas revistas culturales *buscaban armonizar en sus páginas ensayos de alto vuelo interpretativo y ensayos dedicados a abordar desde una perspectiva dura cuestiones de economía, historia y sociedad*, pasando de inmediato a recordarnos que en años recientes se ha dado un proceso de recuperación de la “familia” latinoamericana de ensayos de interpretación (Mariátegui, Freyre, Martínez Estrada, Ramos, Fernando Ortiz, etcétera), recuperación que coincide con un momento de autocrítica de las ciencias sociales, marcado, entre otras cosas, por el surgimiento de los estudios culturales y poscoloniales.

La doctora Weinberg acierta sin duda al enmarcar este debate en el lugar común (no por común menos necesario de evocar) de *la crisis de los viejos modelos del discurso nacionalista de base criollista y oligárquica, al precipitarse fuertes cambios en las relaciones económicas de base capitalista y al ponerse de manifiesto la emergencia de nuevos actores sociales con el crecimiento de las ciudades y la expansión de los sectores populares*, lo que conduce a los autores a proponer nuevas formas de interpretación de lo nacional y garantizar así el carácter representativo de sus discursos.

La siguiente parte del ensayo ahonda en la confrontación a la que aludimos entre el discurso del ensayo y el de las ciencias sociales, el uno vinculado a las lenguas naturales aprovechando el potencial polisémico de las mismas, el otro, haciendo un uso instrumental del lenguaje a partir de varias exigencias, entre las que merecen destacarse las referencias a Berthelot relativas al debate entre formalización y relato, “como normas de escritura en dos registros epistemológicos diferentes: el modelo de la cientificidad de las ciencias de la naturaleza y la especificidad hermenéutica de las ciencias humanas”. No pretendemos ahondar en esta interesante recuperación de Liliana Weinberg de las propuestas del autor mencionado, pero no podemos dejar de señalar las características fundamentales que para él, y la propia autora, definen al texto científico, a saber: *se inscribe en un juego intertextual explícito y... sistemático de reenvíos y referencias... predomina en él la función referencial... y manifiesta una pretensión argumentativa de verdad...*

En las últimas dos páginas de esta primera parte, la autora borda sobre la diferencia discursiva y las comunidades a quienes van dirigidos los textos... el texto científico *indisociable de la comunidad de lectores profesionales que lo recibe, lo evalúa, lo cita, lo retoma y construye a través de él su saber...*, y el ensayo, dirigido a una comunidad hermenéutica más amplia, diversificada y compleja, *a la que va destinado ese guiño interpretativo de buenos entendedores propio del ensayista*, pero todo ello no constituye sino el preámbulo obligado y rico, para conducirnos, con conocimiento de causa, a su propio ensayo.

Sin duda, la segunda y última parte del texto de Liliana Weinberg constituye la parte sustancial que aborda los complejos procesos de reinterpretación y simbolización de los valores de una cultura, que entrañan y/o persiguen, los ensayos de interpretación. Es en realidad la parte medular de todo el texto, aquella acerca de la cual no es posible la síntesis, a riesgo de “resbalar” en una pretensión vana, produciendo un mini-texto que no tendría la riqueza ni la enjundia del texto original. Porque en esta parte (“La herida de un

cuchillo”), la autora, citando, analizando y confrontando dos fragmentos de las obras magistrales de Sarmiento y de Martínez Estrada, nos muestra cómo cada autor desde la especificidad de su trabajo literario *reinterpreta a su vez un símbolo culturalmente interpretado que otro escritor someterá a nueva interpretación...*

La riqueza, la densidad de algunas zonas del texto de Liliana, las múltiples referencias a autores clave (Adorno, Habermas, Bourdieu, Bachelard y Barthes, por mencionar sólo algunos, o tal vez los que más conocemos), y el desafío, no de atesorar sus frases en el frágil tejido de la memoria, sino de aplicarlas en el ejercicio del trabajo intelectual, sea del ensayo literario, sea del ensayo de interpretación histórica, nos lleva a invitarlos a la lectura detenida del texto de la doctora Weinberg.

Acaso, y por la resonancia que encuentro con el oficio de historiar y el de “historiografiar”, vale cerrar estos apretados comentarios citando a la autora. “Para leer el ensayo es necesario atender a la posición del autor en el mundo intelectual y en el entramado de tradiciones literarias y culturales que lo envuelve, aun cuando cabe al ensayista, como a todo intelectual, la lucidez de ser consciente de ese entramado y reinterpretarlo”.

Ciencias Sociales

“Apuntes para la historia de la versión *ilustrada* de la economía moderna en el Caribe (el proceso en Puerto Rico durante el siglo XVIII)” es el título del artículo de René Aguilar Piña, el cual parte de la consideración de que América Latina es un espacio marginal del mundo moderno que “se ha convertido en escenario histórico de diversos experimentos sociales” explorando diversos caminos para “recomponer el estatus civilizatorio occidental”, y en ese proceso lo que le interesa fundamentalmente al doctor Aguilar es hacer hincapié en las estrategias de resistencia y supervivencia que la población mestiza implementó para hacer frente a las arbitrariedades sociales e individuales de las que fueron objeto durante el proceso de conformación de la nación.

Para abordar la cuestión, René Aguilar elige el ejemplo concreto de Puerto Rico, en el espacio antillano, con tanta mayor razón cuanto que esta isla ha sido el espacio experimental de los dominios español y estadounidense sucesivamente. Su relación con estos dos imperios en tiempos y circunstancias históricas diferentes lo coloca como enclave de experiencia histórica singular para analizar las características del desarrollo económico y las formas que asumió la modernidad capitalista en la región.

Para Aguilar Piña la forma específica que la modernidad capitalista asumió en estos territorios estuvo determinada por la relación dialéctica entre las políticas impulsadas e impuestas por la Corona y las múltiples respuestas en forma de resistencia y de supervivencia que encontró la población para resistir al dominio.

A partir del caso histórico concreto de Puerto Rico, René Aguilar se adentra en el proceso global de una época de reforma y cambio que fue el sustrato en el que se dio el mayor proceso político y cultural de América Latina: las revoluciones de independencia, por un lado, y, por otro, la inclusión de los aún territorios de la Corona española, como fue el caso de esta isla, al proceso internacional de expansión del capital, como forma privilegiada de producción económica y significación cultural.

El doctor Marcos Cueva, uno de los autores que atendió a la sugerencia de abordar temáticas relacionadas con las conmemoraciones del Bicentenario de la Independencia y el Centenario de la Revolución, nos ofrece un interesantísimo artículo titulado “La crisis propone, la cultura dispone: un fracaso de Calles”, en el que aborda de manera crítica el trato recibido por la figura de Calles en el imaginario mexicano de origen popular. Para Cueva, Plutarco Elías Calles es uno de los personajes menos conocidos y peor tratados por biógrafos e historiadores, y en una seria revisión histórica e historiográfica del personaje, de la sociedad de su tiempo, y por ende, de la obra de biógrafos e historiadores, hace un trabajo de recuperación, desmitificación, redimensionamiento del personaje y su obra.

A diferencia de los héroes populares que no se habían autonomizado del imaginario señorial, como sería el caso de Villa y Zapata, Calles no encuentra lugar en la construcción idílica del imaginario popular.

En su reflexión acerca de Calles, Marcos Cueva, al señalar los límites del imaginario popular, procede a un interesante cuestionamiento de los estereotipos caracteriales explicativos de los personajes centrales de la Revolución mexicana; Calles no se mueve en tipología alguna de raíces coloniales, no es ni el caudillo, ni el apóstol, ni una figura paternalista, y tal vez por esa imposibilidad para el cambio cultural, de la sociedad de su tiempo, no se valoraron suficientemente los anhelos del cambio social de Calles, que, según Cueva, representó la oportunidad de una modernización democrático burguesa, para la que México no estaba culturalmente preparado, y así, el populismo cardenista enrumbó hacia otra parte.

Como gobernador de Sonora, como secretario de Estado y como presidente, el proyecto social y cultural del callismo queda evidenciado en la pluma de Cueva: “tierra y libros para todos”, instrucción pública, respeto a las garantías individuales y “administración correcta de la justicia (Calles abolió cualquier forma de tortura)”. La reforma agraria debía ser acompañada de la educación de los campesinos, el maestro rural impulsó las escuelas rurales y las escuelas centrales agrícolas, y ya como presidente “le tocó llevar a cabo tareas importantes para la construcción de un Estado nacional moderno”: la creación del Banco de México, leyes, Comisiones (Nacional de Irrigación y Nacional de Caminos, que derivaron en secretarías de Estado) y obras de infraestructura que contribuyeron al desarrollo económico del país.

Frente al misticismo educativo vasconcelista, el proyecto educativo de Calles perseguía preparar para la vida en aquella época, contribuyendo al fortalecimiento de todo esfuerzo productivo; es en ese sentido que, para el autor, el proyecto callista perseguía el desarrollo democrático burgués del periodo.

Una rápida mirada, diferente de la tradicional, echa nuevas luces sobre el periodo conocido como el Maximato y sobre las relaciones entre Calles y Portes Gil, Ortiz Rubio y Abelardo Rodríguez, sus personalidades y sus respectivos gobiernos.

La respuesta a la pregunta final de las conclusiones del doctor Cueva: “¿Qué pudo haber ocurrido para que la cultura entorpeciera el cambio social democrático?”, nos ofrece de nuevo interesantes consideraciones que nos remiten en perfecta lógica al planteamiento inicial de que detrás de la crítica a Calles, “hay un imaginario que hunde sus raíces en la Colonia...”

El artículo concluye refrendando la crítica inicial a los clichés que giran en torno a la figura de Calles adquiriendo casi fuerza de ley. Cueva, distanciándose de la perspectiva con que se ha leído el periodo callista, “de pretendientes a aristócratas o de nuevos criollos”, enfatiza sus logros: la política agraria —no agrarista— de Calles, el impulso al mercado interno, el marcarle límites a la inversión extranjera, pero además, nos dice, “Calles consiguió dos cosas de avanzada en América Latina y el Caribe. Cualquiera latinoamericanista debiera aquilatarlas: afianzar la separación entre los asuntos estatales y los de la Iglesia, y desvanecer los peligros de los pronunciamientos frecuentes y lesivos para la nación. Calles no representó la etapa “nacional-populista” de la Revolución (!). Es con el cardenismo que se consolidaron nuevos grupos listos para el reparto de derechos y privilegios”.

El artículo de la doctora Ana Goutman, “Contribución de la investigación sobre la lengua y la cultura para los estudios latinoamericanos de las ciencias sociales”, constituye una reflexión densa e interesante que parte de una serie de interrogantes fundamentales como cuál es la contribución del estudio de la lengua a la cultura y a las ciencias humanas y sociales, cuáles las tareas pendientes de las ciencias del lenguaje y de qué manera el análisis del discurso revela las reflexiones sobre la cultura y las ciencias sociales y humanas.

Para responder a tales cuestiones, la doctora Goutman aborda las obras de distinguidos representantes de las ciencias sociales y humanas, trátase del derecho, de la antropología, de la sociología, de la filosofía, de las ciencias del lenguaje, de la comunicación. Así, Ana Goutman nos remite a las opiniones y textos de varios autores: Arnaldo Córdova, Claude Lévi-Strauss, Amado Alonso y Ferdinand de Saussure, por mencionar los más conocidos por nosotros, o Benveniste, Ducrot y otros. Una serie de problemas, de tópicos y de claves discurren por el texto: por qué hacer del lenguaje un objeto privilegiado de la ciencia, abordar el problema de la ambigüedad acerca de lo que separa a las ciencias sociales de las humanas, señalar la necesidad de la relectura de las obras de los lingüistas que reclama el uso y la práctica del lenguaje, o preguntarse cómo distinguir la noción de sentido de la de significación, analizar las revoluciones teóricas y los cambios conceptuales que acompañan estas reflexiones, son sólo algunos de los ejemplos de los problemas que plantea este recorrido discursivo al que nos convida el texto de Ana Goutman.

Ricardo Melgar Bao nos ofrece un interesante y prolijo recorrido por los intrincados itinerarios políticos e intelectuales del boliviano Gustavo Adolfo Navarro, quien a muy temprana edad optó por construir su personalidad política y su trabajo de escritor bajo el seudónimo de Tristán Marof, seudónimo cuyo simbolismo, nos dice el doctor Melgar, recrea y reafirma la identidad rebelde de aquel joven que en 1921 era cónsul de Bolivia en Francia.

El ensayo, “El boliviano Marof en México: redes, identidades y claves de autoctonía política”, nos propone una detenida y apasionante incursión por la historia intelectual y política del surgimiento de la izquierda socialista y comunista en América Latina y de los itinerarios múltiples que siguió. Hace hincapié por supuesto en los lazos estrechos entre Marof y Mariátegui no sólo convergentes en el papel que debía jugar el indígena como sujeto revolucionario en el nuevo proceso histórico que se abría en el área andina, sino

en las formas políticas que debía asumir esta participación en el seno de los partidos socialistas que desde los años veintes vieron la luz en la región. Marof justamente a su retorno a Bolivia centró sus esfuerzos en la fundación del Partido Socialista Boliviano, con un fuerte discurso antiimperialista, expresión también del clima de la época y de los acontecimientos históricos que la marcaron.

Si bien la intención de Melgar Bao no es hacer una fenomenología del exiliado, lo cierto es que al reconstruir el periplo de Marof y hacer énfasis en las distintas persecuciones y expulsiones abiertas o veladas de las que fue objeto, nos devuelve una radiografía certera de esa figura lamentablemente bien conocida en nuestro continente: el exiliado, haciendo hincapié en que el exilio no es “una relación jurídico-política marginal, sino la figura que la vida humana adopta en el estado de excepción...” (Agamben).

El doctor Melgar se ocupa de la estancia de Marof en México entre 1928 y 1930, años cruciales de nuestra historia en los que Marof se insertó en las redes intelectuales y políticas que tenían que ver con la Universidad Nacional, con la izquierda influenciada por el PCM, años del nacimiento del PNR, de la disputa por la autonomía universitaria, años de esplendor de la pintura mural, de vínculos profundos con los muralistas y reflexiones sobre el arte y la revolución...

Durante su estancia en nuestro país, Marof fue profesor de Historia de América en la Escuela Nacional Preparatoria, y más tarde dictó cursos en la Facultad de Filosofía y Letras. En esos años los encuentros de Marof con Sandino y con Julio Antonio Mella, y su participación en las filas de la Liga Antiimperialista refuerzan por supuesto sus posiciones políticas y su antiimperialismo.

Melgar también nos da cuenta, entre muchos otros tópicos, de la opinión que tenía Marof de la Revolución mexicana como precursora de un paradigma revolucionario para América Latina, reforzando la idea de que no sólo era posible una revolución de base popular sino que podía seguir un camino propio en el continente, lo que la convertía en un ideal del imaginario social de la primera posguerra.

La implicación de Marof en asuntos políticos acorde con sus ideales lo hicieron objeto de expulsión durante el gobierno de Portes Gil; Melgar consigna las palabras de Marof para explicar su conducta: “No fui a México... a prosternarme ante generales ni a resolver mi situación personal. Evité con dignidad cualquier compromiso. Y cuando la represión descarada se dejó sentir, a pesar de que ocupaba una situación magnífica en la Universidad, no vacilé en sacrificarla y enfrentar al gobierno de Portes Gil, taimado enterrador de la revolución...”; la lección ético-política parece haber sido el corolario de su estancia en nuestro país.

Hay innumerables aristas del pensamiento y la obra de Marof que no nos ha sido posible siquiera enumerar en esta apretada síntesis, la riqueza del artículo no puede suplirse y sólo queda despertar a manera indicativa el interés por su lectura detenida e ilustradora.

Como editora de este *Anuario*, quiero agradecer profundamente al querido amigo Ricardo Melgar Bao, no sólo su excelente y erudito artículo, sino su compromiso en haber atendido la expresión de un deseo y una simple sugerencia. El deseo de que este *Anuario* recordara al querido maestro de muchos de nosotros, Mario Miranda Pacheco —la elección de la temática no puede ser más evidente—, y la sugerencia de que en la medida de lo posible, los trabajos, o bien se inscribieran en el marco de las reflexiones acerca de las conmemoraciones de las Independencias de nuestros países latinoamericanos y de la Revo-

lución mexicana, o bien recuperaran conceptualmente de manera explícita o tangencial algunas aristas de estos procesos.

El artículo del doctor Carlos M. Tur Donatti, “La neocolonización transnacional de la agricultura en América del Sur”, dirige la atención al proceso de las nuevas formas de apropiación de la tierra, en el Cono Sur, que denomina como un proceso de “neocolonización de la agricultura”, proceso que estaría encabezado por los grandes productores de soya que, a partir de la implantación de modificaciones tecnológicas, como los organismos genéticamente modificados o transgénicos, han ido transformando el panorama ecológico y social en la región.

Estas modificaciones, por las características del cultivo de la soya, advierte Tur, traen consigo, además de una reconcentración de la tierra, la deforestación masiva, la contaminación acuífera como algunas de sus consecuencias.

Este nuevo proceso, encabezado por grandes transnacionales, al reapropiarse de grandes porciones de tierra, e imponer el monocultivo para exportación en una amplia zona de esta región, ha causado la desarticulación social en ella y puesto los elementos para futuros conflictos sociales. El doctor Tur señala que la estructura de la producción en esa zona estaba destinada, principalmente, al mercado interno a través de una amplia red de pequeños y medianos productores, que ofrecían una producción variada y amplia, productores que a su vez requerían de servicios que eran proporcionados por los pueblos y pequeñas ciudades de la región, creando un círculo productivo y comercial, mismo que está siendo transformado y, en algunos casos, destruido por la implementación del “paquete tecnológico de la soya transgénica”.

Sin duda alguna este último apartado relativo a las ciencias sociales no ofrece la misma coherencia temática que intentamos mantener en los otros. Por ejemplo, el excelente artículo de Melgar y el original trabajo de Cueva podrían, como mencionamos al inicio de esta presentación, situarse cómodamente entre la historia y las ciencias sociales; hacerlos aparecer en este último rubro atendió más que al equilibrio entre las áreas, a la posibilidad de transitar entre ellas.

Cabe mencionar también el valioso aporte de otros profesores que participaron aquí con pequeñas pero significativas reseñas.

Al concluir esta presentación, damos paso a este *Anuario* que se inicia gratamente con un poema evocador y nostálgico del doctor José Antonio Matesanz.

Norma de los Ríos Méndez